

## HOMILÍA

### Domingo III de Adviento: de 'Gaudete' – ciclo A

Is 35, 1-6a.10

#### a. Contexto

La festividad del día invita a la alegría por la proximidad de la Navidad: así nos lo recuerda Pablo: *estad alegres siempre en el Señor*. Según esto, miramos el profetismo con frecuencia abierto a la esperanza.

Ese profetismo que nace del contacto con los pueblos limítrofes, y particularmente del ambiente cananeo. Es lo que estamos haciendo con Isaías estos domingos.

En cuanto al significado del término "profeta" y de la institución como tal, *nabim* (*nebiim*, en plural) significa "llamado". Se aplica a personas o grupos con una especial llamada para leer la realidad a la luz de la fe.

O para denunciar en su nombre lo que no está bien, u otras misiones, como hablar en nombre de Dios, en su lugar, etc. Esta función ya se daba, en grupos, en época pre monárquica, y se implanta antes.

Esto sucede durante la monarquía ya dividida (s.X a.JC.), en el reino del norte (Israel) antes que en Judea (Reino del Sur): incluso el más grande de los profetas, Isaías, ofrece reticencias frente al nombre de profeta.

El término se fue generalizando. Isaías, de noble cuna y de carácter decidido, da una respuesta positiva a Dios desde que recibe la llamada, y demuestra siempre un gran amor a la monarquía de David.

Es la monarquía que él ve con sentido de la providencia de Dios. El Libro de Isaías (Is 1-39) refleja los oráculos del profeta durante los reinados de Ozías (Azarías), Yotán, Acaz y Ezequías (s.VIII a.J.C.).

Son oráculos escritos la mayor parte en verso, menos las caps.36-39, y ponen de manifiesto sus dotes de gran literato a nivel universal, sin duda. Como vimos en otros días, aparecen aquí los avatares políticos de Judá.

Ésta, obligada a aliarse con la potencia dominante, Asiria, ofrece el espacio histórico donde el profeta ha de anunciar al rey y al pueblo lo que Dios le pide.

En este ambiente se percibe la dificultad de todo profeta de ser fiel a Dios y a los hombres, su pueblo y el rey: dos puntos difíciles de encajar muchas veces.

Vuelve a aparecernos desde aquí la teología de Isaías, centrada en la trascendencia de Dios, que se manifiesta en su santidad (templo, etc.) y su majestad (muchas veces frente a los planes inútiles del hombre).

Santidad de Dios, pecado humano, fe en Yahvé, necesidad de purificación, cumplimiento gozoso en definitiva del plan de Dios son los hitos de su profecía.

Se ve la contradicción, hasta el absurdo, a la que la teología isaiana hace ir a los hombres (p.ej., cuando Dios pide defenderse de los asirios, mientras esconde su rostro a los judíos, etc.).

Esa contradicción no encuentra más respuesta que la convicción desde el inicio de que el plan de Dios llegará a su término de salvación: es muy duro, pero acompaña siempre la esperanza en Dios.

Se ve que la vida y la actuación del profeta no son nada simple y fácil: la profecía se mezcla en la historia, se da en ella, y, además, aparece claro que no podía ser menos.

## **b. Texto**

Isaías (cap.1-39, pues de los otros capítulos-40 al 66-no corresponde hablar al tratar del profeta Isaías del s.VIII) puede dividirse en tres partes:

- Is.1-12: oráculos contra Judá.
- Is.13-23: oráculos contra las naciones.
- Is.28-35: oráculos contra Judá.

El pasaje que hoy nos atañe pertenece al final de esta tercera parte, como epílogo (algunos lo atribuyen al segundo Isaías). Se trata de un canto con las promesas referidas al final de los tiempos.

Se refleja un ambiente apocalíptico que alude a la vuelta a Sión (tal vez desde el exilio: s.VI a. JC.-segundo Isaías-?). Las diversas partes del pasaje se encuentran vertebradas por el motivo común de la alegría.

Esta fiesta comienza en el desierto y está protagonizada por un grupo todavía no identificado del todo, pero que verá al final las razones verdaderas de esa alegría.

Es que habrá abierto los ojos para contemplar lo que otros no verán en su ceguera (¡el tema de la “ceguera” en Isaías...!). Pero poco a poco ese grupo se va reconociendo en los débiles, los pobres, los vacilantes.

Se ha dicho con frecuencia que Isaías es un profeta “palaciego”, hasta el punto de resultar elitista: nada de eso encaja con la profecía isaiana, que siempre está poniendo a Dios del lado del necesitado.

Pues bien, esos débiles, apoyados en la fuerza del Señor, resultarán los fuertes acompañantes de otros ‘débiles’ en su fe, paralizados por la desesperación, que no comprenden nada.

Ahora, hasta los cojos serán capaces de andar a ritmo, los ciegos verán y los sordos oirán (tema muy de Isaías). Y aparece el desierto, lugar de enfrentamiento del Señor con las potencias naturales.

En el desierto Dios se opone a sus enemigos humanos en la historia; ahora el desierto se convierte en lugar de encuentro con su pueblo (cf.Dt 32, 10).

Junto al desierto aparece el tema del agua: el dominio del Señor sobre las aguas es la base de la esperanza y el gozo de los que ven al Señor, de los que han sido capaces de andar por el desierto gracias aYahvé.

## **c. Para la vida**

Lo difícil de la fe, la oscuridad de la llamada del Señor no es tema sólo del A.T. Aunque contamos con Cristo, el mundo no es (¿lo ha sido el mundo alguna vez...?) caja de resonancia muy fiel de la voz de Dios.

Pese a la teología de la Creación como signo del amor de Dios, presente en el mundo y en la historia, la humanidad desde la Ilustración, niega la posibilidad incluso de advertir la voz de Dios en entre los hombres.

Esto es así desde luego, a no ser que se descienda al ágora común del testimonio coherente y noble, aportado por los creyentes, que es lo que tal vez convendría hacer ya...

Hoy, el desierto como momento de enfrentamiento con Dios, los débiles, los ciegos, los enemigos del Señor, los desesperanzados abunda por todas partes.

Dialogar con el mundo actual, y no precisamente renegar de él, 'desactualizándolo' a base de insinuaciones nostálgicas del pasado, de 'otro' mundo, conlleva fuertes dosis de esperanza.

Es lo que el profeta intenta insuflar en sus coetáneos. Isaías se abraza a su época, a su mundo, no reniega de él, ni lo distorsiona para refugiarse en lo que no existe.

Hoy se nos pide tal vez eso mismo: no predicar a unos jóvenes que no existen, ni partir de unos presupuestos familiares, de educación, sociales, pastorales... para gente que no hay.

Ésa es la tentación que todos (digo todos, no los demás: yo también) podemos sufrir. Como Isaías, hay que oír la voz de Dios: esperanza, alegría por su encuentro, poder basado en su fuerza, no en otra cosa...

La tentación del idealismo, dispuesto a confundir lo que es con lo que debe ser, es decir, creerse que lo que debe ser es lo que de verdad existe no lleva a nada positivo: produce desesperanza.

O bien inclina a condenar por falta de fe a quienes miran el mundo y las personas desde la realidad. Nunca el realismo ha de estar peleado con los ideales: el idealismo, sí.

A veces da la sensación de que estar siempre cayéndose del guindo lleva a no toparse con la vida (no se ve, ni se oye, ni se entiende...) y es la garantía de que alguien es bueno, u observante, hasta piadoso.

A simple vista entran ganas de decir: "¡qué suerte, vivir en un castillo!" ¿No será más real y más cristiano experimentar en la vida al Señor, como el profeta? Son los riesgos de la fe, ¿no?

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb

[antoniorojas.sdb@gmail.com](mailto:antoniorojas.sdb@gmail.com)